

hecho invisible. Cada vez que me sucedía semejante cosa conocíamos de antemano las consecuencias de aquella desaparición. Al cabo de algun instante le veíamos salir por alguna puerta ó balcon lamiéndose el hocico, y seguido de un indigena macho ó hembra, trayendo su gato por la cola y reclamando sus dos duros. Mi primera mirada me hizo conocer que estábamos en la calle de San Fernando, y la segunda que nos hallábamos frente al almacén del óptico; al mismo tiempo oí un estrépito endemoniado detrás de un tonel, que se hallaba á la puerta. Cogí el brazo de Jadin, y le enseñé el escaparate de donde faltaba el gato. Todó lo comprendió al instante; corrió hácia el tonel, cogió su par de anteojos que se puso inmediatamente sobre su nariz, como si fuesen los suyos que se le hubiesen extraviado, y volvió seguido de Milord. En cuanto al desgraciado gato, estaba asesinado en la oscuridad del rincón á donde habia bajado imprudentemente, y donde con prudencia dejó Jadin su cadáver. Nos hallábamos en aquella hora del día en la que, como desdeñosamente dicen los Italianos, no andan por las calles sino los perros y los Franceses. Así que nadie fué testigo del asesinato, ni aun las grullas del poeta ibico; no solamente el asesinato quedó completamente impune, sino que todavía Jadin heredó los anteojos del difunto.

Estos anteojos están en el estudio de Jadin, donde los enseña como los del famoso abate Meli, el Anacreonte de la Sicilia. Hasta ahora ha rehusado cien escudos que un inglés le ha ofrecido; no los dará, según asegura, sino por veinte y cinco luises.

LOS BENEDICTINOS DE SAN NICOLAS EL ANTIGUO.

El convento de San Nicolás, el mas rico de Catania, y cuya cúpula sobrepuja en altura á todos los monumentos de la ciudad, fué edificado hácia la mitad del siglo pasado por los planos de Contini. Se distinguen especialmente la iglesia y el jardín; la iglesia por sus columnas de verde antiguo y por un bellissimo órgano, obra de un monje calabrés, que pidió por toda paga ser enterrado bajo su obra maestra; el jardín, por la dificultad que ha habido que vencer: efectivamente está sentado sobre lava, y toda la tierra que le cubre ha sido llevada á brazo.

La regla del convento de San Nicolás era en otro tiempo muy severa; los monjes debían vivir sobre el Etna, en los límites de las tierras habitables; y al efecto, su primer monasterio estaba edificado á la entrada de la segunda región, tres cuartos de legua mas arriba de Nicolosí, última aldea que se encuentra subiendo al cráter. Pero como á la larga todo decae, la regla perdió poco á poco su rigor, y empezaron á no reparar el convento. Bien pronto una ó dos salas se aplanaron bajo

las nieves : los buenos padres hicieron edificar la magnífica sucursal de Catania, que tomó el nombre de San Nicolás el Nuevo, y no permanecieron en San Nicolás el Antiguo sino durante el estío. Mas tarde, San Nicolás el Antiguo fué abandonado en el estío como lo habia sido en el invierno : se habló durante tres ó cuatro años de hacer allí reparaciones que le pusieran en estado de habitarse, pero se guardaron muy bien de hacerlo. En fin, una compañía de ladrones, gentes menos delicadas con respecto á comodidades que los monjes, habiéndose apoderado de él y eligiendolo por su domicilio, hicieron que no se tratase ya de subir á San Nicolás el Antiguo, y los buenos padres, que no se cuidaban de entrar en disputa con semejantes huéspedes, les abandonaron el tranquilo goce del convento.

Esto dió lugar á una equivocacion bastante curiosa.

En 1806, el conde de Weder, aleman de antigua alcurnia, como su nombre lo indica, partió de Viena para visitar la Sicilia ; se embarcó en Trieste, bajó á tierra en Ancona, visitó á Roma, donde se detuvo lo mismo que en Nápoles, para recoger allí algunas cartas de recomendacion ; se embarcó de nuevo y ancló en Catania.

El conde de Weder hacia mucho tiempo que conocia la existencia del convento de San Nicolás, y la fama que tenian los buenos padres de poseer entre sus hermanos legos el mejor cocinero de toda la Sicilia. El conde de Weder, que era muy distinguido gastrónomo, no perdió la ocasion de recoger en Roma, de un car-

denal con quien habia comido en casa del embajador de Austria, una carta de recomendacion para el superior del convento de San Nicolás. La recomendacion era sumamente eficaz : recomendaba al conde como un piadoso y ferviente peregrino, y reclamaba para él la hospitalidad durante todo el tiempo que le agradase permanecer en el monasterio.

El conde era sabio como lo son los Alemanes ; es decir, que habia leído una porcion de libracos completamente olvidados ; de modo que podia, en apoyo de sus asertos, por mas erróneos y ridiculos que fuesen, citar un cierto número de nombres desconocidos que daban una especie de majestad pedantesca á sus paradojas. Entre aquellos libracos se hallaba un catálogo de los conventos de benedictinos esparcidos por la superficie del globo, y habia visto y conservado en la memoria con la tenacidad de una imaginacion de allende el Rhin, que la regla de los benedictinos de San Nicolás de Catania les imponia la obligacion, como he dicho, de vivir en el último límite de la *reggione coltivata*, y en el primero de la *reggione nemorosa*. Así, cuando hizo venir á un mozo de mulas para que le condujese á San Nicolás y el mozo le preguntó si era á San Nicolas el Nuevo ó á San Nicolás el Antiguo, el conde respondió sin vacilar :

— *A San-Nicoló sull' Etna.*

Esto era todo lo que el conde sabia de italiano.

No era fácil engañarse, y la indicacion era precisa : sin embargo, el mozo de mulas aventuró algunas observaciones ; pero el conde le cerró la boca diciéndole : *Yo saper pien*. Se sabe el poder de semejante argu-

mento : el mozo de mulas saludó al conde, y media hora despues volvió con una mula.

— ¡ Eh pien ! dijo el conde.

— ¡ Y bien, excelencia ! respondió el mozo de mulas, que en su cualidad de guia comprendia todas las lenguas.

— ¡ Y pien ! ¿ y mi pagaje ?

— ¿ Vuestra excelencia lleva su equipaje ?

— ¡ Partien !

— ¡ Oh ! dijo el mozo, es que vuestra excelencia hubiera podido dejarle en la fonda : seria lo mas seguro.

— Yo no decar chamás mi equipague, ¿ entende vusté ? dijo el aleman.

El mozo de mulas respondió con un signo imperceptible que queria decir : Cada uno es libre ; y fué á buscar la segunda mula. Sin embargo, cuando la mula estuvo cargada, el honrado guia creyó deber en su conciencia hacer una última observacion.

— Así, ¿ vuestra excelencia está decidido ?

— Certamente, respondió el conde metiendo un enorme par de pistolas en las pistoleras.

— ¿ Vamos á San Nicolás el Antiguo ?

— De fecho.

— ¿ Vuestra excelencia tiene, pues, amigos en San Nicolás el Antiguo ?

— Yo tener carta para el cheneral.

— Para el capitan, querrá decir vuestra excelencia.

— Para el cheneral he dicho.

— ¡ Hum ! ¡ hum ! dijo el siciliano.

— Además, yo saper pien, yo saper pien, ¿ entiendes, bergante ?

— Perdon, dijo el guia ; pero puesto que vuestra excelencia tiene tan buenas disposiciones, ¿ le seria igual pagarme adelantado ?

— ¡ Afelantado ! ¿ Y porqué es eso ?

— Porque son ya las tres, no llegaremos antes de la noche, y quiero volverme en seguida.

— ¿ A la noche ? dijo el conde. A lo menos cena en el convento.

— ¿ En el convento ?

— Sí, en San-Nicolo.

— ¡ Oh ! ciertamente se cena allí ; de seguro se encuentra siempre puesta la mesa de dia y de noche en ese sitio.

— Los picaruelos, ¿ eh ? dijo el conde iluminando su rostro un relámpago de satisfaccion gastronómica. Toma, aquí tener por la puena nuepa que me has dado.

Y le dió dos duros, que sacó de una bolsa maravillosamente repleta.

— Gracias, excelencia, respondió el mozo de mulas, que una vez pagado ya no tenia nada que decir.

— ¡ Eh pien ! ¿ fartimos ahora ? replicó el conde.

— Cuando queráis, excelencia.

El guia ayudó al conde á montar en su mula, y se puso en camino entonando una cancion que parecia mas bien un *Miserere* que una tarantela ; pero el conde estaba demasiado preocupado con la comida de que

iba á disfrutar para que reparase en la melancolía de aquel preludio.

Anduvieron el camino sumamente silenciosos. El guia habia concluido por creer, viendo la confianza del conde apoyada en dos enormes pistolas que habia metido en sus pistoleras, que estaba bien quisto con los huéspedes de San Nicolás el Antiguo, y que acaso formaria parte de alguna compañía de bandidos de la Bohemia que estaba en relaciones de intereses con las de la Sicilia. En cuanto á él, sabia que personalmente nada tenia que temer, puesto que los mozos de mulas eran respetados generalmente por los salteadores, y con mas razon, como se comprende bien, cuando se les llevaba tan buen parroquiano como parecia ser el conde.

Sin embargo, en cada aldea que encontraba en el camino, el mozo de mulas se detenia bajo cualquier pretexto. Era una especie de transaccion que hacia con su conciencia, para dar al conde tiempo de hacer sus reflexiones y de volver atrás si lo creia conveniente. Pero en cada parada el conde repetia con una voz que el hambre hacia mas y mas apremiante:

— Afelante, vamos, afelante; ¡carramba! no llejaremos chamás.

Y volvía á marchar seguido de las atónitas miradas de los aldeanos, que acababan de saber por el guia el término de aquella extraña peregrinacion, y que no comprendian que, á no ser conducido allí á la fuerza, hubiese quien concibiera la idea de hacer un viaje á San Nicolás el Antiguo.

Atravesaron de este modo Gravina, Santa Lucia di-

Catarica, Massanunziata y Nicolosi. Llegados á esta última aldea, el guia hizo un último esfuerzo

— Excelencia, dijo, en vuestro lugar yo cenaria y dormiria aquí, y mañana iria paseándome solo á San Nicolás el Antiguo.

— ¡Pues qué! ¿no haferme tú dicho que encontrar yo una puena cena y una puena cama en el contento?

— ¡Pardiez! si, respondió el guia si quieren recibiros bien.

— Ya te decir yo que hay un carta por el cheneral.

— ¿Para el capitan?

— No, por el cheneral.

— En fin, dijo el guia, puesto que absolutamente lo quereis...

— Certamente, querer yo.

— En ese caso, vamos.

Y los dos viajeros se pusieron en camino.

Como le habia dicho el muletero, la noche les cogió en el camino: no hacia luna, no se veia á cuatro pasos de distancia. Pero como el mozo de mulas conocia perfectamente el terreno, no habia peligro de perderse. Tomó un pequeño sendero apenas trillado, y que se separaba á la derecha en las tierras; despues, comenzando á dejar la region cultivada, entró por la de los bosques. Al cabo de una hora de marcha, vierno dibujarse una masa negra, por cuyas ventanas no se descubria ninguna luz.

— Hé ahí á San Nicolás el Antiguo, dijo en voz baja el mozo de mulas.

— ¡Oh! ¡oh! dijo el conde, fe aquí un confento situado pien melangólicamente.

— Si quereis, replicó vivamente el guia, podemos volver á Nicolosi, y si no quereis dormir en la posada, hay un hombre excelente en la aldea que no os negará una cama, el señor Semellaro.

— Yo no conocerle. Además, á San Nicolás es donde yo querer ir, y no á Nicolosi.

— *Zerebello da tedesco*, murmuró el siciliano.

Despues, arreando sus dos mulas, se volvió á poner en marcha. Cinco minutos despues estaba á la puerta del convento.

El convento no tenia un aspecto que infundiese confianza, aun cuando se le veia de mas cerca. Era de antigua fábrica, del siglo XII, en la que era fácil señalar los estragos de cada irrupcion de las que habian tenido lugar desde el tiempo de su fundacion. La fecha de todos los incendios y de todos los temblores de tierra estaba allí esculpida sobre la piedra. Por ciertos portillos que se destacaban á través del azul oscuro del cielo, tachonado de estrellas, era fácil reconocer que una parte del edificio se habia arruinado. Sin embargo, las murallas que rodeaban el edificio parecian bastante bien conservadas, habiéndose practicado en ellas troneras, lo que daba á San Nicolás el Antiguo mas bien la apariencia de una fortaleza, que el aspecto de un monasterio.

El conde miró todo esto con un aire sumamente tranquilo, y mandó al mozo que llamase. Este, que habia tomado su partido, alzó un viejo llamador de

hierro oxidado, y le dejó caer con todo su peso. El golpe resonó en las profundidades del convento, y una campana de áspero sonido respondió. Casi al mismo tiempo, una ventanita practicada á diez piés de altura se abrió, salió por ella un largo cañon que se dirigia hácia el pecho del conde; un rostro barbudo se presentó en la abertura, y una voz que no tenia nada de la uncion monacal, preguntó:

— ¿Quién va?

— Amigo, respondió el conde separando con la mano el cañon del fusil; amigo.

Al mismo tiempo le pareció que salia por la ventana abierta un olor á asado que le regocijaba el alma.

— ¡Amigo, hem, amigo! dijo el hombre de la ventana. ¿Y quién nos probará que sois un amigo?

Y volvió á colocar el cañon en la primera direccion.

— Mi muy querrido hermano, repuso el conde separando de nuevo y con la misma sangre fria el arma que le amenazaba, yo comprender muy pien que tomeis precauciones antes que dejar entrar á un estranchero, y yo hacer otro tanto si estar en puestro puesto; pero yo tengo una carta del gardinal Morosini para puestro cheneral.

— ¿Para nuestro capitan? replicó el hombre del fusil.

— ¡Oh! no, no, para el cheneral.

— En fin, eso no hace nada. ¿Estais solo? continuó el interlocutor.

— Enteramente solo.

— Aguardad, van á abrir.

— ¡Huu! bien huele el asado, dijo el alemán desmontándose de su mula.

— Excelencia, le dijo el mozo de mulas, que durante aquel tiempo habia descargado el equipaje del conde, ¿no me necesitais ya, no es así?

— ¿Qué, no quedar tú? replicó el conde.

— No, dijo el guía; con vuestro permiso, mejor quiero ir á dormir á otra parte.

— Y bien, sea, dijo el conde.

— ¿Hay que volver á buscaros? preguntó el siciliano.

— No, el cheneral hará que me retornen.

— Está bien. Adios, excelencia.

— Adios.

En aquel instante la llave comenzaba á rechinar en la cerradura; el guía saltó sobre una de las mulas, tomó la brida de la otra, y se alejó al trote. Estaba ya á cincuenta pasos cuando la puerta se abrió.

— ¡Oh! muy pueno, dijo el alemán olfateando e olor que venia de la cocina: esto huele muy bien.

— ¿Lo encontráis así? preguntó el extraño portero.

— Sí, dijo el conde, sí, lo encuentro.

— Es la cena del jefe que está en camino, y que aguardamos de un momento á otro.

— Entonces llevo á puena-jora, dijo el conde riendo.

— ¿Acaso conoceis á nuestro jefe? preguntó el portero.

— No, pero yo tengo una carta por él.

— ¡Ah! eso es otra cosa, ¿veamos?

— Vedla aquí.

El portero tomó la carta y leyó.

« *Al reverendissimo generale dei beneditini, al convento di San Nicolo di Catania.* »

— ¡Ah! comprendo, dijo el portero.

— ¡Ah! comprrandeis; muy bien, dijo el conde dándole palmadas en el hombro. En ese faso, amigo, si comprrandeis, tomar mi echipage y cuidar mucho sobre todo de mi maletin: estar en ól mi bolsa.

— Mr., ¿es en ese donde está vuestra bolsa? Bueno es saberlo, dijo el portero cogiendo el maletin con una diligencia maravillosa.

Despues apoderándose del resto del equipaje:

— Vamos, vamos, continuó, ya veo que sois todo un amigo; venid.

El conde no se lo hizo repetir dos veces y siguió á su guía.

El aspecto interior del convento no era menos extraño que su aspecto exterior. Por todas partes ruinas; muchos toneles vacíos; en ninguna parte crucifijos ni santas imágenes. El conde se detuvo un instante, porque era de esos habladores que tienen la mala costumbre de detenerse cuando hablan, y manifestó á su guía su admiracion por semejante devastacion.

— ¿Qué quereis? le respondió su guía; estamos un poco solitarios como lo habeis podido ver; y como la montaña está llena de gente non saneta que no teme ni á Dios ni al diablo, no dejamos que se lleven lo poco que poseemos. Todo lo que tenemos de objetos preciosos, está bajo llave en la cueva. Por otra parte,

ya sabreis que tenemos otro monasterio en el llano, muy próximo á Catania.

— No, no saberlo yo. ¡ Ah! ¡ con que vosotros tener un otro confento! ¡ pien, pien, pien!

— Ahora examinad vos mismo vuestro equipaje, para que podais afirmar al jefe que nada de él ha padecido detrimento.

— ¡ Oh! ser pien fácil, un maleta, un saco de noche y un maletin. Os recomento el maletin, que allí estar mi bolsa.

— De modo, que tres objetos solo, ¿ no es esto? Mas no hasta eso.

— Ser bastante.

— ¿ Lo creeis así?

— Sí, creerlo yo.

— Pues bien, esperad aquí, dijo el portero haciendo entrar al conde en una especie de celda; creo que de aquí á media hora estará el jefe de vuelta. E hizo un movimiento como de retirarse.

— ¡ Decirme, pues! ¡ Decirme, pues! Mientras aguardar, ¿ mí no poder pajar á la gosina? Acaso dar yo de bonos consecos al cosinero.

— ¡ A fe mia! dijo el portero, no hay inconveniente; aguardad aquí; voy á poner vuestro equipaje en paraje seguro, y vuelvo para conducirlos. A propósito, ¿ cuánto hay en vuestra bolsa?

— Tres mil seiscientos veinte ducatos.

— Tres mil seiscientos veinte ducados, bueno, replicó el portero.

— Este tener el aire de un pien honrado hombre,

murmuró el conde viendo alejarse al hermano que llevaba toda su *robba*, este tener el aire de un pien honrado hombre.

Diez minutos despues estaba de vuelta su guia.

— Si quereis bajar á la cocina, dijo el siciliano, sois libre de hacerlo.

— Si, querrer mí. ¿ Dónde estar la gosina?

— Venid.

El conde siguió de nuevo á su guia que le condujo á las cocinas del convento. El asador estaba surtido, todas las hornillas encendidas, por todas partes hervian marmítas ocupadas.

— Pueno, dijo el aleman deteniéndose en el último escalon, y abrazando con un solo golpe de vista aquel succulento espectáculo; pueno, parece que no engañarme yo, dia de ayunar. Puenos dias, gosinero, puenos dias.

El cocinero estaba prevenido; por tanto recibió al conde con toda la deferencia debida á un aficionado. El conde se aprovechó de ella para levantar la cobertera de todas las marmítas y probar todas las salsas. Dé repente se lanzó sobre el cocinero, que iba á echar sal en una tortilla, y le arrebató de las manos la fuente en que estaban los huevos.

— ¡ Y pien! ¿ Qué es lo que tú hacer? exclamó el conde.

— ¡ Cómo! ¿ Qué es lo que hago? preguntó el cocinero.

— Sí, ¿ qué es lo que tú hacer? te pregunto.

— Echar sal en la tortilla.

— Pero, desgraciado, nunca poner sal en las tortillas. Poner siempre asuere y confituras, manzanas en dulce y crosellas.

— Vamos, pues, replicó el cocinero, procurando coger la fuente de sus manos.

— ¡No! ¡no! dijo el conde, ser yo quien hará la tortilla; dame tus confites.

— ¡Ah! dijo el cocinero incomodándose, vamos á ver quién es el amo aquí.

— Soy yo, dijo una voz robusta, ¿qué hay?

El conde y el cocinero se volvieron; un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, vestido con el hábito monacal, estaba de pié en la escalera; era de alta estatura y tenía esa fisonomía dura é imperiosa de los que están habituados á mandar.

— ¡El capitán! exclamó el cocinero.

— ¡Ah! dijo el conde, estar el cheneral, pueno. Cheneral, añadió dirigiéndose al monje, yo demandaros parden; pero teneis un gosinero que no saber componer las tortillas.

— ¿Sois el conde de Weder, caballero? dijo el monje en muy buen francés.

— Sí, mi cheneral, respondió el conde sin dejar los huevos ni el tenedor con que se disponía á batirlos; yo ser el gonde de Weter en bersona.

— ¿Entonces sois vos el que ha traído para mi la carta de recomendacion que me ha entregado el hermano portero?

— Yo mismo.

— Sea bien venido el señor conde.

El conde se inclinó.

— Solo que, continuó el monje, siento mucho que la situacion extraviada de nuestro convento, su separacion de todo lugar habitado, no nos permitan recibiros mejor; pero somos pobres solitarios de las montañas y nos dispensareis, como lo espero, si nuestra mesa no está mejor surtida.

— ¡Cómo! ¡cómo! nada mejor surtido. La cena pareceme por el contrario muy excelente, y así que yo hacer la tortilla con confituras.

— Pero, capitán, dijo el cocinero.

— Dad las confituras á este caballero, y que haga su tortilla como sepa, dijo el monje.

El cocinero obedeció sin replicar palabra.

— Ahora, dijo el monje, no os incomodeis, señor conde, obrad como en vuestra casa, y cuando vuestra tortilla esté hecha, subid, os aguardamos.

— Ser este negocio de cinco minutos, y yo subir; hacedme servir.

— Ya lo oís, dijo el monje al cocinero.

Y subió la escalera. Un instante despues bajaron dos hermanos y se pusieron á las órdenes del cocinero. Entretanto el conde triunfante confeccionaba su tortilla: cuando estuvo hecha subió á su vez.

El superior aguardaba con toda su comunidad, que se componia de unos veinte hermanos, en un refectorio bien iluminado y en el que se habia puesto una mesa perfectamente servida. Grandemente sorprendió al conde el lujo de plata que aquella mesa ostentaba, as como la finura de los manteles y servilletas. El conven-

to había sacado de su tesoro y de su ropa de mesa todo lo que había en él de mas rico para honrar á su huésped. Por lo que hace á la habitacion, contrastaba singularmente por su aspecto destruido con el lujo del servicio que allí se había presentado. Era un gran salon que en otro tiempo debia haber sido una capilla, en la que se había practicado una chimenea en el altar; las paredes tenian por todo adorno las telas de araña que las cubrian, y algunos murciélagos, atraídos por la luz, revoloteaban por el techo entrando y saliendo á su voluntad por los vidrios rotos.

Además de esto, su arsenal completo de trabucos se veia formando una vista pintoresca al rededor de la pared.

El conde observó aquel aspecto con una mirada, y se asombró de la abnegacion religiosa de los buenos padres, que poseyendo los tesoros que á su vista se ostentaban, vivian, sin embargo, expuestos á las intemperies del cielo, como los antiguos solitarios del monte Carmelo y de la Tebaida. El superior observó su admiracion.

— Señor conde, dijo sonriendo, os vuelvo á pedir perdon por la mala comida y el mal hospedaje que hallareis aquí. Acaso os habriais figurado el interior de nuestro convento como un lugar de delicias. Hé ahí cómo nos juzga la sociedad, señor conde. Espero, pues, que cuando volvais al tumulto del mundo, nos hagais justicia.

— ¡A mi fe, cheneral! respondió el conde, yo no saper lo que puede faltar en la comida, y haber visto yo

mas bateria de gosina pien orcanisada, y á menos que no ser el vino.

— ¡Oh! respondió el superior, estad tranquilo con respecto á eso; el vino es bueno.

— ¡Y pien! si el vino ser pueno, es todo lo que harrá falta.

— Solo que, añadió el superior, temo que nuestras costumbres os parezcan poco monacales. Por ejemplo, tenemos costumbre de comer siempre teniendo un par de pistolas cada uno á nuestro lado; es una precaucion contra los accidentes que pueden sobrevenir á cada momento en un lugar tan solitario como este. Nos dispensareis, pues, si á pesar de vuestra presencia, no nos despojamos de nuestras costumbres.

Y dichas estas palabras el superior levantó su hábito, y sacó de su cintura un par de pistolas magnificas que colocó cerca de su asiento.

— Hacer pien, cheneral, hacer pien, respondió el alemán; la bistola ser la amiga del hombre, así yo tambien traer mis bistolas. ¡Oh! pero ser admirable como se parecen las puestras, ser admirable.

— Puede ser, respondió el superior conteniendo una sonrisa, son muy buenas armas que he hecho venir de Alemania, de Kukepreiter.

— ¿De los Kukenreiter? ser justamente así. Haced traer las de mí, que estar ellas en el equipaje, cheneral, por compararlas un poco.

— Despues de comer, conde, despues de comer, colocaos enfrente de mí, ahí, muy bien. ¿Sabeis el *Benedicite*?

— Yo saberlo á otros tiempos; pero haberlo olvidado un poco.

— Tanto peor, tanto peor, dijo el general; porque contaba con vos para decirlo; pero si lo habeis olvidado, pasaremos sin él.

— Pasarremos sin él, respondió el conde, que era de fácil acomodo; pasarremos sin él.

Y el conde, con efecto, engulló su menestra sin *Benedicite*, imitándole los demás monjes. Cuando se concluyó, el capitán le alargó una botella.

— Probad este vino, le dijo.

El conde, ignorando que se trataba de un vino especial, llenó su vasito que estaba delante de su sitio, le cogió por abajo, examinó un instante, á la luz del velón mas próximo, el líquido amarillento como el ámbar, despues le acercó á los labios, y le probó con la lentitud de un aficionado.

— Maravilloso, dijo el conde, yo que creer conocer todos los vinos, yo no conocer esto; á menos que no sea producto de un terreno nuevo.

— Es del Marsala, señor conde, un vino que no es conocido, y que merece sin embargo serlo. ¡ Oh! nuestra pobre Sicilia encierra como este un monton de tesoros olvidados.

— ¿Cómo decís que se llama? preguntó el conde echándose un segundo vaso.

— Marsala.

— Marsala!.... Y pien! es muy buen vino; yo comprarele; ¿se vende caro?

— Cuatro cuartos la botella.

— ¿Decís? replicó el conde que creia haber oido mal.

— Cuatro cuartos la botella...

— Cuatro cartos la potella! Estais en el paradiso terrestre, cheneral; yo no irme de aqui, hacerme yo benedictino.

— Gracias por la preferencia, conde; cuando gusteis os recibiremos.

— Cuatro cartos la potella! replicó el conde echándose el tercer vaso.

— Solo que debo advertiros que tiene un defecto, dijo el superior.

— No tener él defecto, replicó el conde.

— Dispensadme, se sube mucho á la cabeza.

— Subirse mucho á la cabeza, dijo el conde con desprecio, beber yo de ello medio azumbre, y parecerme que he bebido un vaso de jarabe de grosella.

— Entonces no tengais reparo, dijo el superior, obrad como en vuestra casa, porque os prevengo que tenemos otros.

En virtud del permiso que se le habia concedido, el conde se puso á comer y beber como verdadero alemán. Pero, preciso es confesarlo, sostuvo admirablemente la reputacion de que gozan sus compatriotas. Los monjes, animados por su superior, no quisieron por su parte les dejase atrás un extranjero, de suerte que bien pronto se rompió el silencio religioso que habia reinado al principio de la comida, todos comenzaban á hablar en voz baja al que estaba al lado, y por último en voz alta. Al segundo servicio, todos hablaban á gritos y empezaban

á contar las aventuras mas extrañas que es posible oír. Por poco que el conde comprendiese el siciliano, creyó aperebirse que se trataba sobre todo de golpes audaces ejecutados por bandidos, de conventos saqueados, de gendarmes ahorcados, de religiosas violadas. Pero nada encontraba en ello de admirable; la situacion retirada de los dignos benedictinos, su aislamiento de la ciudad debian haberles hecho testigos mas de una vez de semejantes escenas. El Marsala se repitia á menudo, sin perjuicio del Siracusa seco, del moscatel de Calabria, y del malvasia de Lipari. Por fuerte que fuese la cabeza del conde, comenzaron á brillar sus ojos, y á entorpecerse su lengua. Entonces los monólogos sucedieron á las conversaciones, y á los monólogos las canciones. El conde, que queria estar á la altura de sus huéspedes, rebuscó en su repertorio anacreóntico, y no hallando nada en aquel momento mas que la cancion de los bandidos de Schiller, se puso á entonar á mas y mejor el famoso *Sibhllen, morden, huren, balgen*, al que le pareció que los convidados respondian con aplausos universales. Bien pronto le pareció que todo daba vueltas á su alrededor; se le figuró que los monjes tiraban sus hábitos y se trasformaban poco á poco en bandidos. Aquellas figuras ascéticas cambiaban de aspecto y se iluminaban con una alegría feroz; la comida degeneraba en orgía. Sin embargo, se continuaba bebiendo, y cada vez que se bebia eran vinos nuevos, vinos mas fuertes, vinos cogidos en la bodega del principe de Paterno, ó en la cantina de los dominicanos de Aci-Reale. Daban golpes en la mesa con las botellas vacías para

pedir otras, y á los golpes caian las luces; el fuego entonces prendia en los manteles, y de los manteles á la mesa, y en lugar de apagarle, se arrojaban en él las sillas, los bancos y los asientos de baqueta. En un momento la mesa se convirtió en una vasta hoguera al rededor de la que los hombres que se habian vuelto bandidos, se pusieron á danzar como demonios. En fin, en medio de aquella infernal batahola, resonó la voz del capitán diciendo: ¡ Le monache! ¡ le monache! un hurra general acogió aquella órden. Un instante despues se abrió una puerta, y aparecieron cuatro religiosas, arrastradas por cinco ó seis bandidos: gritos de alegría y lujuria las recibieron. El conde veia todo esto como en sueños, y como en sueños le parecia que una fuerza superior le habia enclavado en el sitio en que se encontraba, mientras que su imaginacion se hallaba en otra parte. En un instante los hábitos de las pobres vírgenes fueron hechos jirones: los bandidos se arrojaron sobre ellas; el capitán quiso hacerse oír, pero su voz se apagó entre el clamoreo general. Le pareció entonces al conde que el capitán tomaba las famosas *Kukenreiter*, que se parecian tanto á las suyas. Creyó oír sonar dos pistoletazos; cerró los ojos deslumbrado por el fogonazo. Al volverlos á abrir, vió sangre, dos bandidos que se revolcaban aullando en un rincón, la mas linda de las religiosas en los brazos del capitán, y despues nada oyó ya: sus ojos se cerraron segunda vez sin que le fuese posible volverlos á abrir; sus piernas cedieron, y cayó como una masa inerte: estaba enteramente borracho.

Cuando despertó el conde, era muy entrado el día; se frotó los ojos, se meneó y miró á su rededor; estaba tendido bajo un árbol en el linde del bosque, tenia á su derecha á Nicolosi, á su izquierda á Pedara, delante á Catania, y mas allá de Catania y detrás de ella, el mar. Parecia haber pasado la noche á la intemperie, tendido en un mullido lecho de arena; apoyada la cabeza en su maletin, y sin otras cubiertas en la cama que la vasta bóveda azulada del cielo. Al principio de nada se acordaba, y permaneció algun tiempo como el hombre que sale de un letargo: en fin, su pensamiento, por una operacion lenta y confusa al pronto, le recordó lo pasado, y al instante se acordó de su partida de Catania, las vacilaciones del mozo de mulas, su llegada al convento, su altercado con el cocinero, la acogida que le habia hecho el general, la cena, el vino de Marsala, las canciones, la orgia, el fuego, las religiosas y los pistoletazos. Miró de nuevo en su rededor, y vió su maleta, su saco de noche y su maletin: abrió este último, y halló su cartera, su pipa de espuma de mar, su caja de tabaco y su bolsa; su bolsa, que con gran admiracion suya, le parecia tan llena como si nadie la hubiese tocado: la abrió con ansiedad; estaba lo mismo, llena de oro y además contenia un billete: abrió el conde al momento el billete y leyó lo siguiente:

« Señor conde,

» Os pedimos mil perdones por haberos hecho separar de nosotros de un modo tan brusco; pero una expedicion de la mas alta importancia nos llama por la parte de Cefalu. Espero no olvidareis la hospitalidad

que os han dado los benedictinos de San Nicolás el Antiguo, y que si volveis á Roma suplicareis á monseñor Morosini no olvide á estos pobres pecadores en sus oraciones.

» Hallareis vuestro equipaje completo, á excepcion de los Kukenreiter, que con vuestro permiso guardaré como un recuerdo vuestro.

» *Dom Gaetano,*

» Prior de San Nicolás el Antiguo

» 16 de octubre de 1806. »

El conde de Weder contó su oro, y no faltaba ni un óbolo.

Cuando llegó á Nicolosi halló toda la aldea revuelta; la vispera el convento de Santa Clara habia sido forzado, la plata del monasterio saqueada, y las cuatro religiosas mas bellas y jóvenes robadas, sin que se pudiera saber qué habia sido de ellas.

El conde volvió á encontrar á su mozo de mulas, montó, volvió á Catania, y habiendo sabido que un buque estaba próximo á darse á la vela para Nápoles, se embarcó en él, y dejó la Sicilia aquella misma noche.

Dos años despues leyó en l'*Allgemeine Zeitung* que el famoso jefe de bandidos Gaetano, que se habia apoderado del convento de San Nicolás el Antiguo sobre el Etna, para hacer de él una guarida de ladrones, despues de un terrible combate sostenido contra un regimiento inglés, habia sido cogido y ahorcado, con gran alegría de los habitantes de Catania, que habia concluido por saquear hasta en su propia ciudad.